



El día que Cupido se enamoró

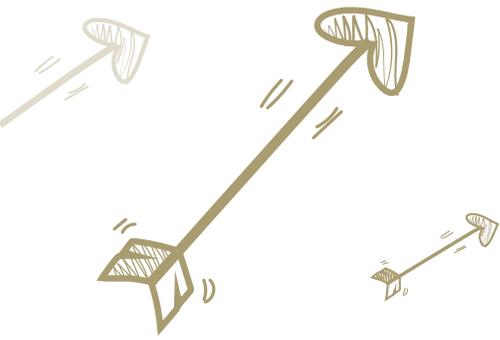
Por Jonnathan Granados Carrillo

Estudiante programa de Derecho
Universidad del Magdalena

Esta la historia de un chico de apariencia angelical. Su rostro mostraba la inocencia de un niño y un corazón puro, como manantiales de agua en la altura de los montes a los cuales el hombre no ha podido llegar. Este era un joven dulce y tierno que, armado con un arpa, cada día tocaba preciosas melodías: tonadas dulces al ritmo de las cuerdas.

Su aspecto angelical mostraba una piel suave y blanca como la nieve. Su rostro mostraba la ternura de un niño enamorado. Este joven, dotado de alas pequeñas, pero fuertes como el viento rápido de un huracán, volaba plácidamente por los aires, derrochando amor. Él... él era un enamorado empedernido del amor. Amaba el amor de una manera tan extraordinaria que estaba solo, porque entendía en su corazón que nunca nadie podría amarlo de tal manera.

Solo sufría la agonía de la soledad, atrapado en un mundo que no entendía la pureza e inocencia de un amor verdadero. Él, enamorado del amor, no entendía por qué el mundo estaba cubierto de traiciones y engaños. Sufría viendo el desamor del mundo, sufría viendo cómo los amantes rechazaban el verdadero amor por vanas historietas de tiempos cortos que destruían grano a grano el más bello sentimiento que existe.



Este joven, amargado por su soledad, destruido por aquello que le daba vida, destruido por amor, aquel amor que llenaba de fuerza su vida, pero que al mismo tiempo lo sumergía en la agónica muerte de la soledad.

Este joven, cansado de su desdicha y viendo el desprecio que el mundo tenía por el amor verdadero, tomó una decisión dramática, una decisión que lo condenaría a entregar su amor a otros y que a él solo lo sumergiría en aquel sentimiento vano que tanto despreciaba, aquel sentimiento que solo el mundo estaba acostumbrado a dar.

Este joven, que tenía por nombre Cupido, decidió vender su amor por la esperanza de algún día poder enamorarse. Así que armándose de saetas forjadas en fuego incandescente de montes donde ningún hombre había corrompido cosa alguna, conjuró su alma al arco que sostenía en sus manos y su amor, a cada saeta que disparara con su fuerza.

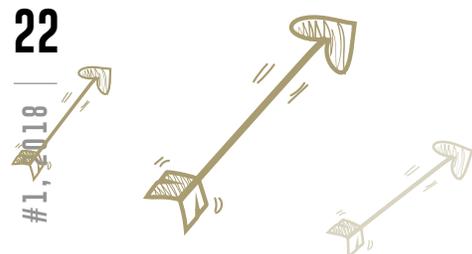
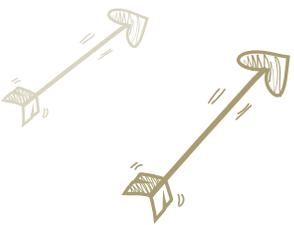
Desde entonces, Cupido entregó su amor entre saeta y saeta a aquellos a los cuales no podían encontrar el amor, a aquellos a los cuales el amor los sumergía en la agonía de la soledad. Tal cual como a él le ocurría.

De esta manera, Cupido repartió su amor en todo el mundo, dando felicidad a cada persona, a cada pareja, a cada vida. Pero cada saeta cargada de amor que salía dispuesta a unir a los amantes de este mundo, desangraba el corazón de Cupido, pues era como arrojar el tesoro más preciado y entregarlo en manos de hombres insensatos que no tenían ni idea del verdadero valor de este sentimiento. Cada día, Cupido se debilitaba grandemente; podía sentir cómo gota a gota se quedaba sin amor, sin deseo, sin fuerza; cómo poco a poco olvidaba la felicidad del sentimiento más precioso que había tenido el privilegio de poseer, y todo esto, mientras se sumergía en una amargura de alma llena de soledad.

Cupido había llenado el mundo con su amor, su trabajo había terminado, la faz de la tierra había conocido el amor verdadero, aunque este solo había sido entregado en pequeñas dosis que cada uno debía cultivar para permanecer en él. Cupido había cumplido una misión más allá de cualquier entendimiento, una misión que hacía del mundo un lugar mejor, pero que al mismo tiempo acababa con su vida. En su último esfuerzo, su último respiro, lleno de amargura, por haber dado todo su amor, pero sin nunca haber podido conocerlo realmente, nunca haber podido ser correspondido, empuñó su última saeta dispuesto a destruirla y morir junto a ella sin esperanza alguna. Estaba

El día que Cupido se enamoró

Por Jonnathan Granados Carrillo





a punto de destrozarse la saeta de la cual dependía su vida, en el mismo monte donde habían sido forjadas, cuando de repente escuchó el agudo lloriqueo de una joven hermosa, la cual nunca conoció el amor, una joven sumida en la soledad. Cupido, compadeciéndose de ella, tomó la decisión de entregar su saeta a aquella mujer, a aquella joven cuyo rostro mostraba la ternura que Cupido alguna vez tuvo. Su voz era suave, como sinfonía de ángeles, y sus ojos eran como cristales pasados por fuego.

Cupido, tomando su saeta, la colocó en sus manos y le dijo a la joven:

—Toma, te doy mi amor y mi vida, el último destello de lo que alguna vez fui. Tómala y busca tu amor para que así puedas ser feliz. Solo lanza esta saeta con la fuerza de tu mano y aquella persona que amas te amará a ti y nunca más estarás sola.

Cupido sonrió y dio su espalda diciendo "sé feliz". Y así fue como abandonó su vida en aquella saeta.

La hermosa joven, tomando la saeta, la empuñó en su mano y, derramando sus lágrimas sobre ella, dijo:

—Solo quien está dispuesto a dar su vida por amor, merece ser amado con la vida.

Y la arrojó clavándola en la espalda de Cupido. ¡Fue como si un trueno le hubiese atravesado! Cupido moría lentamente por el amor que había entregado, pero aquella hermosa joven le devolvió su amor y también entregó el suyo propio. Las fuerzas de Cupido fueron de vuelta a su mano y, aquel amor que sintió algún día, aquel amor que lo llenó de amargura, era el mismo que hoy le permitía volver a vivir. Arrojó su arco y también la funda de sus saetas y, volviéndose a aquella joven, la miró con ojos de inocencia y derramó su amor sobre ella.

Aquel día, la hermosa joven encontró el amor y Cupido le conoció por fin. Aquel día, Cupido se enamoró. 🏹

El día que Cupido se enamoró

Por Jonnathan Granados Carrillo

HE
TE
PO
PI
AS

23

#1, 2018